



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 5 DE DICIEMBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Vidas increíbles y fantásticas

LA HISTORIA DE FELIPE ESPINOSA

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

En el verano de 1863, un hombre bajo de estatura que parecía hecho de madera de Palo Santo, salió por la puerta de su propia casa y recibió en el rostro una estampida de luz: del sol que le hizo sentir un calambre por la espina dorsal hasta hacerlo sudar y emocionarse lleno de adrenalina. Llevaba jeans vaqueros de algodón, parecidos a los que entonces usaban los marineros de Génova; botas de cuero, de tacón bajo, iguales a las de los soldados del oeste norteamericano, y una camisa a cuadros negros y grises. Se colocó el sombrero que llevaba en la mano y bajó tres escalones para dirigirse por la tierra arenosa hasta el establo, de donde sacó al caballo de potente musculatura que acababa de conseguir dos semanas atrás. En la cintura llevaba colgando un revólver Colt Navy de 1861.

Cabalgó largos trechos de tierra desértica y hierba seca, hasta que llegó a la montaña del Patch, por donde subió con el animal hasta que este no pudo. El hombre solo, en la cima, pudo ver del otro lado: el poblado norteamericano que seguía extendiéndose sobre el territorio, como desde hacía poco más de diez años. Él había llegado a Nuevo México veinte años atrás, cuando el sitio aún era posesión mexicana.

Escondido tras un árbol, observó los caminos que se formaban entre las casas y calculó cómo llegar hasta ahí y cómo salir por el área más desierta de las construcciones de roble. Cuando memorizó el trayecto, miró las piedras secas debajo de él. Desenfundó el arma y revisó que estuviera cargada con sus seis disparos calibre 36. Luego buscó una sombra grande y fue a sentarse recargado en su árbol. Esperó durante horas, canturreando melodías veracruzanas que había aprendido en su niñez, hasta que el sol cruzó lo más alto del mediodía. Entonces bajó por el camino sinuoso. Sacó una cantimplora de una de las alforjas que llevaba su nuevo caballo y bebió hasta saciarse.

Llegó a la taberna del barrio norteamericano y ordenó un tarro de cerveza. Bebió a sorbos minúsculos, sentado frente a una mesa que se encontraba lejos de las puertas de la cantina, pero desde donde podía observar quiénes entraban y salían, y cerca de la barra, desde donde podía escuchar cada vez que un vaso de whiskey era colocado sobre la madera.

Media hora más tarde arribó al lugar un hombre que desde hacía semanas decía que se enlistaría en el ejército del sur en el conflicto originado meses atrás en los Estados Unidos: en la Guerra de Secesión. Ordenó tres vasos de ron, uno seguido de otro, y cuando se levantó al urinario, se le vio desbalancearse claramente. Ya no volvió.

Muchas horas más tarde, el mexicano salió de la cantina: ya bien entrada la noche, aún sobrio, con la vista de búho que solo él sabía que tenía. Se dirigió en caballo hacia la salida del poblado y se detuvo en el doblar de una esquina.



Esperó media hora hasta que escuchó el trotar de dos caballos que, al dar vuelta, lo encontraron de frente. Vacío sobre los cabalgantes su arma con una puntería de reguilete, de izquierda a derecha y de ida y vuelta, tres tiros para cada uno.

Cuerpos y caballos lo acompañaron de regreso a su morada. En el establo, los animales encontraron su propio lugar. A las víctimas las descuartizó. a machetazos y los metió en pedazos dentro de un saco vacío de sal. Luego fue a tirarlos dentro del monte junto a la montaña de Patch. No volvió a la taberna sino dos semanas después.

Esta vez encontró a los hermanos Felipe y José Espinosa, sentados en la mesa que él solía ocupar. “Compadre, tienes que venir a las reuniones del condado”, le dijo José, “para que seamos más y los gringos nos reconozcan como ciudadanos aquí.”

El hombre, de pie, cruzó su brazo izquierdo sobre la cabeza para rascarse y con la mirada preguntó si podía sentarse. “Haznos el favor, compadre”. “Güeitres, guan bir”. Los hermanos cruzaron miradas nerviosas: “Convéncelo tú”.

“Nos están agarrando tierra, por los asesinatos, compadre, dicen que son de odio”. El hombre se le quedó viendo a Felipe fijamente, como si sus palabras se le hubieran quedado quietas frente a la boca y pudieran observarse flotando efímeramente hasta desaparecer... quemadas por el aire caliente”.

El mesero se acercó a la mesa y colocó el tarro frío de cerveza sobre la mesa.

Ninguno se dio cuenta, pero el alguacil había entrado con cinco hombres y sus fusiles. Se acercaron a los mexicanos: apuntándoles y sin hacer ruido. “Felipe Espinosa, You’re under arrest for the murder of 54 Americans.” Ninguno hiló lo que sucedía. Los oficiales se lle-

varon preso y a empujones a Felipe Espinosa. Tres semanas después, lo colgaron por los asesinatos.

PERSONAJES REALES EN HISTORIAS FANTÁSTICAS OLGA DE LEÓN G.

Ella había olvidado que un día creyó en las fantasías, su abandono y caída en la realidad escueta y anodina sucedió desde que dejó de ser niña. Los años se llevaron su inocencia, y su imaginación se enturbió: ¡había crecido!

Pero, a pesar de los años, la niña seguía soñando y en su mente habitaba y se desarrollaba, furtivamente, un mundo imaginario exuberante.

Cierta día, en el corazón de la joven y entre las páginas de sus libros de cabecera que tenían años allí, sin que hubiese vuelto a abrirlos: libros de cuentos, de historias increíbles que, no obstante, ella siempre sintió tan reales como la misma vida... Pues ese cierto día, descubrió algo inaudito, y no supo si dormida, entre sueños o entre las páginas de uno de sus libros de historias fantásticas, le apareció, en su mente y frente a sus ojos, lo insólito.

Esa mañana, habiase despertado con una idea: que las historias fantásticas eran o tenían al menos la posibilidad de volverse reales. Y tal pensamiento habría de volverse su estigma de la “Buena suerte” o su reto más grande, que tenía la intención de probar... a pesar de que ella ya no creía en nada ni en nadie.

Mientras estaba en casa, su mundo personal se volvió un embrollo. De pronto veía un gato por la ventana, en la barda que dividía propiedades entre su casa y la del vecino, y el gato le guiñaba un ojo o le mostraba que traía botas y podía caminar en dos patas.

Otras veces, los pasillos en su casa que conducían a diversas áreas: cocina,

cuarto de lavandería y plancha, comedor y sala, recámaras, salita de estar o de plano hacia la salida, tenían las paredes cubiertas de musgo y el piso era solo de pasto; un pasto siempre fresco y recién cortado, con florecillas a los lados y mariposas revoloteando.

Poco a poco su mundo se fue reduciendo a su casa, y cuando salía, nunca lo hacía sola. Iba siempre acompañándola de algún duende o un hada madrina, todo dependía de hacia dónde se dirigiría: al mercado o hacia algún consorcio financiero, comercial o de asunto de relaciones profesionales; en este último, el hada madrina era un excelente consejero, lo mismo que para compras de vestuario o accesorios; la mejor ropa y sus más bellos dijes, collares, pulseras y zarcillos o pendientes los había elegido para ella alguna de las hadas madrinas que la hubiese acompañado.

Ya tenía varios años metida en ese medio entre fantástico e irreal, del que con nadie hablaba; se lo reservaba solo para ella y sus sueños. ¿Quién podría creer lo que le estaba sucediendo? Nadie vio nunca, lo mismo que ella. La ayuda doméstica al servicio de su madre, seguía barriendo y trapeando los pisos como si siguieran siendo de mármol o granito. Todo lo limpiaban y sacudían, y jamás se quejaron de que alguna abejita les picara en un brazo o del revoloteo de las mariposas...

La vida en su casa transcurría aparentemente sin ningún contratiempo, todo era lo mismo, día tras día. Hasta el día en que ella se marchó y no volvió, ni siquiera para pasar la Navidad en familia. Pero, hasta eso, nadie la extrañó, entendieron que ella tenía muchas tareas en la Universidad que debía entregar a tiempo. Así que se resignaron y pensaron en llamarla por teléfono, si antes ella no lo hacía, para dedicarle algunas palabras de aliento y felicidad.

Sucede que aquella niña que creció y olvidó por varios años las historias fantásticas e irreales que habían acompañado sus noches tristes o alegres, sus tardes en soledad o reclusa en sus pensamientos, volvió la noche previa a la Noche Buena, pero nadie se percató de su presencia.

Y ella se dijo, cuando vio que su familia no le hablaba: debe ser que he adelgazado mucho y casi ni me noto, parezco la página de algún libro de cuentos. O, quizás sea que aún no esperaban mi regreso...

En esos pensamientos estaba, cuando irrumpió en la sala familiar, su padre con un libro en mano y llamó la atención de toda la familia, diciendo en voz alta: traigamos a nuestra hija a la convivencia, leamos algo de lo que escribió cuando se fue de casa y, que empieza así:

“Un día me volví personaje de historias irreales, y no me di cuenta de ello, sino muchos años después, cuando mi familia me descubrió entre las páginas de este libro: Personajes reales en historias fantásticas.”



Alexandre Dumas

(Alejandro Dumas padre; Villers-Cotterêts, Francia, 1802 - Puys, id., 1870) Novelista francés. Hijo de un general del ejército francés que dejó a su familia prácticamente en la ruina al morir en 1806, Alexandre Dumas tuvo que abandonar pronto sus estudios. Llegó a París en 1823, tras una primera experiencia como pasante de abogado, lleno de ambiciones literarias. Gracias a su puesto de escribiente para el duque de Orléans, que obtuvo por recomendación del general Foy, consiguió completar su formación de manera autodidacta.

Desde 1825 editó poemas y relatos largos, y representó vodeviles en teatros de variedades, pero el verdadero inicio de su carrera como dramaturgo se produjo en 1829, con Enrique III y su corte, primera manifestación de la nueva generación literaria romántica, anticipándose un año al Hernani, de Victor Hugo. Antony, en 1831, marcó los principios de una etapa de creación infatigable de dramas, tragedias y melodramas, casi todos de exaltación de la historia nacional de Francia.

Gran admirador de Walter Scott, a partir de 1832 escribió también novelas históricas, aprovechando el auge del género propiciado por su publicación por entregas en los periódicos. A pesar del poco éxito de sus primeras novelas, la aparición de Los tres mosqueteros, en 1844, significó su salto a la fama. Las sumas ingentes de dinero que se le ofrecían, dada la creciente demanda de sus novelas por parte del público, motivaron una verdadera explosión en la producción de Dumas. Trabajando incontables horas al día, y con la ayuda de varios colaboradores (entre los que destacó el historiador Auguste Maquet, con quien trabajó de 1839 a 1851), llegó a producir ochenta novelas, de desigual calidad.

La mayoría de ellas pertenecen al género histórico o al de aventuras, en el que destaca sin duda El conde de Montecristo. La escasa profundidad psicológica de los personajes se ve ampliamente compensada por una exuberante inventiva a la hora de crear las intrigas, y por el perfecto dominio de los diálogos, siempre ágiles y vivaces. Sin duda, éste fue el motivo de que sus obras fueran frecuentemente trasladadas al teatro. Con este fin fundó en 1847 el Théâtre Historique, en París, empresa que cuatro años más tarde quebró a causa de las deudas contraídas, a pesar del éxito obtenido.

Arruinado, vivió los últimos años de su vida a costa de su hijo Alexandre Dumas, también escritor, y de su hija, Madame Petel. Pretendía haber escrito más de mil docientas obras, y, aunque sin duda exageraba la cifra, dejó unos trescientos libros y numerosísimos artículos, que hicieron de él uno de los autores románticos más prolíficos y populares de Francia.

ad pedem literae

No ha de ser dichoso el joven, sino el viejo que ha vivido una hermosa vida

Epicuro de Samos

Letras de buen humor

Muchas personas no cumplen los ochenta porque intentan durante demasiado tiempo quedarse en los cuarenta

Salvador Dalí

Joana Bonet

Un deseo como la sed- Almudena Grandes

Tras su escueta mesa de madera clara, en la pared, cuelgan figuritas de mujeres gordas que colecciona desde hace veinte años. Sobre la mesa, un Samsung –“mi hijo es programador y es antiMac–, puñados de llaves, calderilla, un paquete de Camel Essential, una taza donde se lee “Feliz Navidad”. Escribe en una silla sueca –“nunca me ha dolido la espalda”– y corrige en la butaca roja. Las estanterías están abarrotadas de traducciones de sus novelas en todos los idiomas. Coloca pequeños altares laicos con souvenirs, como un autógrafo de John Irving o la foto de Dionisia Manzanero, una de las trece rosas. Preside el despacho otra de Don Benito Pérez Galdós. / Emilia Gutiérrez

Almudena Grandes vive a un par de manzanas de la casa donde nació, en la calle Churrucá, y con su ronquera quebradiza resume la sensación de eterno retorno: el periplo vital por el cual acabó regresando a un paso de la casa del abuelo, allí donde empezó a escribir. “Me hizo escritora el fútbol; toda la casa estaba comunicada, no tenía pasillos, y para que mi padre y mi abuelo pudieran ver el partido sin ruidos nos ponían a los niños a pintar. A mí no se me daba bien, y una tía abuela animó a que escribiera cuentos. Tendría 8 ó 9 años. Desde ese momento quise escribir, es lo que más me gusta en este mundo. Soy muy feliz cuando escribo, aunque a veces lo pase mal. Es un deseo similar a la sed: te sientes muy desgraciada cuando tienes sed y no bebes. Escribir es una actividad especular, como

cruzar el espejo”.

Almudena Grandes (Madrid, 1960) lo atraviesa a diario, sea domingo o fin de año, en la habitación más pequeña de la casa pintada de verde pistacho. Las medidas si importan: todo está pensando para evitar la dispersión. Escribe sin teléfono, bebe un té largo después de desayunar tostadas, zumo, yogur y nueces. Se quita el pijama y se pone “uno de esos conjuntos de homewear que pido que me regalen por Reyes, con los que pueda abrirle la puerta a un mensajero”. Calza unos Crocs forrados de lana de borrego: no se puede escribir con frío en los pies. A lo largo de la conversación, Grandes se definirá en varias ocasiones como “prusiana”, tranquila, nada ansiosa. De 9 de la mañana hasta las 15.00 pica y pule la piedra de su escritura (“Soy mas lista por la mañana que por la tarde”). Tiene las novelas pensadas y estructuradas en cuadernos: esquemas, apariciones de los personajes en cada capítulo, anotaciones en cuatro colores diferentes. Un detallada guía de instrucciones para avanzar con método. Se considera controladora, y no se desvía de su plan. Tampoco pone música, la distrae. En cambio no la alteran los ruidos que entran por el balcón ni las pausas obligadas a fin de despejar la cabeza: sea hablando con su amigo editor, Juan Cerezo, o poniendo al fuego un cocido.

Confiesa que no hay momento más perfecto en su vida que el de empezar una novela y saber que tiene tres años por delante. “Acabarla, en cambio, me pro-



duce una sensación de desahucio terrible, igual que si me expulsaran del mundo que tenía para mí”. De nuevo las medidas, tiempo y espacio, que en la escritura de Almudena importan igual que los bucles: todos sus títulos proceden de versos de poetas españoles, y sus novelas recogen la historia de la España del siglo XX. Los epílogos de ‘Los aires difíciles’ coinciden con los principios de Lulú de la misma forma que una cronología invertida”. Desconfía de las tendencias que apuntan a la brevedad: “Hay grandes propuestas que fracasan, la realidad no es siempre tan plástica como se supone. Los seres humanos siempre han necesitado que les cuenten cuentos, y más cuando todo es tan fugaz”.

Mauro, Irene y Elisa, sus tres hijos, la alientan y le muestran los quilos de papel de ‘Juego de tronos’ cuando tiene alguna crisis de formato largo. Ella lo paladea, se dice: “Voy a estar otra hora aquí, en este mundo lento”. Confiesa que la suya es una vida aburrida, pero bucea y escar-

ba para lograr que “el lector sienta que le estás contando su vida, cuando en realidad estás contándole la tuya”. Nunca ha escrito la palabra ‘orgasmo’ porque le parece horrible: “Esquivo las palabras que no me gustan”. Siempre ha sido ahorradora, “austera antes que la Merkel”, no tiene vicios caros. “Al escribir, vivo dos vidas a la vez. Cuando la novela tira de ti vas con la lengua de fuera detrás del argumento. Es un estado de ánimo”. A veces confunde coches rojos que ve por la calle con sus propios recuerdos, como una especie de déjà vu, hasta que se da cuenta de que no le ocurrirá a ella sino a uno de sus personajes.

Cuando visitó a Almudena Grandes en su casa para describir su escritorio, me encontré con una mujer que amaba profundamente la literatura, con la que era capaz de vivir dos vidas a la vez. Impactada por su muerte, ha entrado demasiado pronto en la eternidad. Mis condolencias a Luis García Montero, familia y amigos.